

*José*  
**ORTEGAY GASSET**  
**LA REBELIÓN DE  
LAS MASAS**

---

**PRÓLOGO DE  
JULIÁN MARÍAS**



LA REBELIÓN DE LAS MASAS (1929) es el libro más importante y conocido de José Ortega y Gasset (1883-1955), así como un clásico del pensamiento en lengua castellana. En él, aspectos filosóficos, sociales, políticos y morales se vinculan de tal modo que es difícil, aun hoy, permanecer indiferente. Masas, fascismo, técnica, liberalismo, unidad europea o pacifismo son algunos de los temas que recorren la obra y, en su análisis, pasado, presente y futuro se confunden: LA REBELIÓN DE LAS MASAS disecciona su tiempo, y, con ello, nos permite entender el nuestro.

## COMO LEER LA REBELIÓN DE LAS MASAS

*La rebelión de las masas*, que Ortega comenzó a publicar en el diario *El Sol* el 24 de octubre de 1929, y que apareció en forma de libro en 1930, cumplió hace algún tiempo el medio siglo. A este libro corresponde una larga serie de superlativos: es la más famoso de sus autor; se ha traducido más que ningún otro, a más de veinte lenguas; es el más ampliamente difundido de todos los libros españoles de nuestro tiempo, en centenares de miles de ejemplares en español, alemán e inglés, en números muy altos en otras lenguas. Hay que agregar, y acaso es lo más importante, que al cabo de medio siglo permanece vivo, y se empieza a caer en la cuenta de algo sorprendente: que es más verdad que cuando se escribió, que ahora es cuando de veras empieza a resplandecer su significación; que sirve para entender el mundo de entonces, pero todavía más aquél en que estamos ahora; y se sospecha que acaso se encuentre en él la clave del que nos espera al final del milenio.

Como todo libro de Ortega, es incompleto. En rigor, no termina. En 1937 su autor escribió un «Prólogo para franceses» y un «Epílogo para ingleses», que deben leerse a continuación del libro, porque lo suponen y sin él no tienen pleno sentido. Hacia 1950 me habló muchas veces de escribir un libro, titulado *Veinte años después*, que sería una puesta al día y conclusión de *La rebelión de las masas*. En algún sentido la completa *El hombre y la Gente*, su gran libro póstumo, redacción de su segundo curso en el Instituto

de Humanidades, que organizamos en Madrid y vivió entre 1948 y 1950.

He advertido hace tiempo que *La rebelión de las masas*, de tan excepcional fortuna, no la tuvo en un sentido: no ha sido bien entendida en muy alta proporción. ¿Por su dificultad? En modo alguno: por la politización que sobreviene a Europa hacia 1931, appena publicada, y que desfigura la comprensión de casi todo; y entre ello, de este libro del cual su autor dijo: «ni este libro ni yo somo políticos».

La riqueza de ideas de *La rebelión de la masas* es excepcional; pero eso no significa que sea un libro «denso» en el mal sentido de la palabra: es un libro claro, transparente, maravillosamente escrito, con una fluidez incomparable, una cadena de deslumbradoras evidencias. ¿Cómo es posible, entonces, entenderlo mal?

Inicialmente se trató de una deformación deliberada; se prescindía de lo que Ortega decía, para buscar (y fingir encontrar) lo que se deseaba (o lo que se temía). En otros términos, ha habido el propósito de hacer decir a Ortega lo que no decía ni pensaba, o lo que, en todo caso, decía acompañado de otras cosas que era menester tener igualmente presente.

Después, al cabo de mucho tiempo, este libro ha pasado en buena medida a manos de los «estudiosos» e «investigadores». Lejos de mí el desdeñarlos; pero en nuestro tiempo tiende a entender que un libro es una serie de afirmaciones, tesis o enunciados, cada uno de los cuales hay que examinar y analizar. Se dirá: ¿y no es así? Ciertamente, pero con la condición de no olvidar algo primario y más importante: un libro es un libro.

Quiero decir que esos enunciados son parte del él, de una unidad superior en la cual cada uno tiene su sentido. Y un libro es algo para ser *leído*. (Por eso me complace indeciblemente que éste vaya a aparecer para el Círculo de Lectores.) La operación de leer se está olvidando. No porque la imagen, quieta o en movimiento, nos distraiga de la

lectura; no porque el cine o la televisión nos alejen de ella; más bien porque se está perdiendo el sentido primario de esa operación que llamamos leer, la cual requiere dos condiciones principales: *continuidad* e *integridad*. Un libro debe leerse *seguido*, con un mínimo de interrupciones; y debe leerse, siempre que sea posible, entero.

El lector de novelas —que quizá sea el mejor— suele hacerlo, porque quiere *enterarse* y necesita saber en qué para. Cuando se trata de libros de pensamiento, estas condiciones se desatienden, y es el más grave error, porque con ello se disipa el carácter más propio del pensamiento. Es ésta una realidad *dramática*, argumental, un movimiento mental que sigue una trayectoria y busca —a veces encuentra— un «desenlace». No menos que la novela, sino en todo caso más.

Cuando un libro se disuelve en sus elementos o componentes, ese argumento se desvanece y evapora; en otras palabras, el libro como tal no es entendido. Hay que abandonarse a la lectura, seguir la melodía del texto, plegarse a su fluencia, recibir lo que el autor da —las ideas y el estilo, inseparable de ellas—, no detenerse en cada uno de los pasos o ingredientes. Esto vendrá después, podrá ser exigido en una segunda lectura, en un análisis ulterior del texto ya leído; de otro modo, no se le conocerá nunca.

Al mismo tiempo, es la única manera de gozar de un libro. Se olvida demasiado en nuestro tiempo el elemento de fruición o goce que la lectura debe significar (claro es que los autores también suelen olvidar que escribir tiene que ser una delicia, aunque sea esforzada, tensa, incluso penosa). Como *La rebelión de las masas* es uno de los libros más deleitosos que se han escrito en cualquier época y lengua, la omisión de su verdadera *lectura* es una pérdida irreparable.

A la pregunta «Cómo leer *La rebelión de las masas*», habría que responder, perogrullescamente, y ésta sería la respuesta más profunda: *Leyéndola*. Veamos ahora cómo de-

be avanzarse en esa lectura, y qué se encuentra a lo largo de ella.

Conviene tener presente, ante todo, que este libro se escribió en Madrid hace un poco más de medio siglo. Ortega formuló el núcleo de su pensamiento con unas pocas palabras: «Yo soy yo y mi circunstancia», a las que seguían éstas, tan frecuentemente omitidas: «y si no la salvo a ella no me salvo yo». Hay que restituir su carácter circunstancial a cada uno de sus escritos para comprender exactamente lo que quieren decir. El lector de hoy debe recordar que la página que está leyendo no se refiere al hoy, sino a un ayer relativamente lejano, que probablemente no ha vivido.

Pero lo más interesante es que, si hace esto, no va diciéndose a sí mismo: «¡Claro, Ortega dice este porque escribe en 1930!» Por el contrario, tiene que hacer constantemente un esfuerzo para admitir que Ortega pudo decirlo hace más de cincuenta años: casi todo lo que en el libro se dice parece de hoy... o de mañana.

Creo que *La rebelión de las masas* —como toda la obra de su autor y de todo pensador que valga la pena de ser leído— debe leerse *con los ojos abiertos*. Quiero decir mirando a la realidad, confrontando lo que se dice con lo que se ve, no con lo que se ha leído en otras partes, con lo que se pensaba antes, o simplemente con los propios razonamientos del lector. El verdadero pensamiento es *visual*. Mirando es como se ha hecho casi toda la filosofía que merece ese hombre. El lector tiene que ir comparando lo que va leyendo con la realidad que le rodea, aquella en la cual vive. Tiene que utilizar el libro como un haz luminoso que descubre la realidad y la pone de manifiesto, no como algo que sustituye a la realidad o la suplanta.

Pero decir «realidad» no equivale a decir «cosas». No es un mero conjunto de cosas; más bien, las cosas son reales, es decir, son partes, ingredientes, elementos o componen-

tes de la realidad. Esto quiere decir que la realidad es *conexión*. El pensamiento descubre, ilumina las conexiones que integran la realidad, que hacen que algo sea verdaderamente real. Esta es la función auténtica de la razón, tantas veces confundida con otras cosas. *Dar razón* (en español se dice todavía mejor: dar cuenta y razón) es justificar, descubrir y mostrar que las cosas están enlazadas de cierta manera, componiendo una figura de mundo que se puede entender, donde, por tanto, se puede vivir. Ortega quiso toda su vida llevar a sus lectores —por lo pronto a los españoles— «a ese señorío de la luz sobre sí mismos y sobre las cosas», de manera que pudieran vivir desde sí mismos y no desde los tópicos, esto es, humanamente.

Ese recorrido de lo real que el pensamiento ejecuta, ese ir y venir, ese transitar pro la realidad, sin perderse, ese enfrentarse con todo lo que surge —porque aparece nuevamente o porque lo descubrimos—, de manera fresca, sin imponerle unos esquemas a los que deba sujetarse, eso es lo propio del pensamiento vivo, en estado naciente, que no consiste en «aplicar» mecánicamente unas fórmulas obtenidas de una manera abstracta. Hoy, como en otras épocas, está de moda ese estilo de «pensamiento» que sirve para todo porque no tiene en cuenta lo real, que tiene ya la solución sin mirar siquiera, que para saber lo que son las cosas, y todavía más, lo que va a ser, no tiene más que mirar un libro en que ya está todo previsto.

Ortega está en los antípodas de esa actitud, y por eso su libro está más fresco cada año. Procura tener en cuenta todos los factores que realmente intervienen, rectifica lo que unos harían pensar con lo que otros advierten, va y viene, cambia de perspectiva o punto de vista, sigue los meandros de lo real, sin abandonarse a la inercia, acepta la escala de importancia que las cosas tienen, y que no coincide con la que quisiéramos que tuvieran. Por eso la lectura de este libro y de otros es tan divertida, tan emocionante,

tan enriquecedora: es una aventura, de la cual se vuelve siendo algo mejor.

Esta estructura del pensamiento obliga al lector a hacer algo esencia: esperar. Algunas lenguas, como el latín, tienen la tendencia a poner el verbo al final de la frase; en alemán, cuando se trata de una oración subordinada o de un tiempo verbal compuesto, ocurre lo mismo; hasta que termina el enunciado, no se sabe lo que se dice. El lector de un libro de pensamiento, especialmente si es filosófico, debe rehuir la reacción automática a cada afirmación del autor; tiene que esperar a que concluya, aguardar a la justificación, a la integración con otras verdades que hacen verdadera la primera que ha expresado. Esto es lo que se llama, con un término filosófico, *sistema*, y que significa lo contrario de lo que suele entenderse: no es que se aplique «sistemáticamente» un criterio y se fuerce a lo real a ajustarse a él, quiera o no; por el contrario, es que cada verdad tiene que estar apoyada en otras, sustentada por ellas, matizada y modificada por ellas. Lejos de ser una arbitrariedad, el sistema es el máximo respeto a lo que las cosas son, consiste en *dejarlas ser*. La parte del lector es dejar fluir el pensamiento, esperar sin impaciencia a que esa verdad sea formulada, no saltar a cada fragmento reduciendo a polvo la compleja expresión de una realidad también compleja.

Esto es lo que ha hecho que *La rebelión de las masas* sea tantas veces malentendida. Por ejemplo cuando Ortega habla de «masas», los interesados dieron por supuesto, para bien o para mal, que Ortega hablaba de «masas obreras». El autor dice una vez y otra que no se trata de eso, pero es inútil. Repite que no habla de clases sociales, sino de clases de *hombres*: en vano. Cuando habla del «hombre-masa» recalca que una cosa es la masa y otra el hombre-masa; que toda sociedad está compuesta de una masa y una minoría, y que el «hombre-masa» es una anomalía, una deformación patológica que puede ocurrir, que la

masa de una sociedad podría no contener ni un solo «hombre-masa». Cuando habla de minorías selectas o rectoras explica que no se trata de clases sociales, ni siquiera de grupos sociales, sino de *funciones*, de manera que a la minoría rectora se pertenece *transitoriamente* mientras se ejerce una función para la cual se tiene particular competencia, para la que se está especialmente cualificado, y ese mismo individuo se reintegra a la masa tan pronto como termina esa operación, para dejar su puesto a los que cumplan condiciones análogas en la nueva empresa.

Finalmente, rebelión de las masas no quiere decir rebelión contra los tiranos u opresores, que a Ortega le parecía muy bien, sino rebelión *contra si mismas*, es decir, contra su propia condición y función, por tanto, una inautenticidad, una falsedad, una enfermedad social.

Todo esto, tan claro, ha sido obstinadamente pasado por alto, omitido o negado, simplemente porque la operación de leer ha caído en desuso, porque se prefiere lo difícil y pedantesco a lo sencillo e inocente; porque no se responde con la veracidad del lector a la veracidad del autor.

Para Ortega, el gran título de honor de nuestro tiempo, en los países occidentales, es el acceso de las masas a la vida histórica, al goce de las creaciones de la civilización, a las posibilidades humanas que más de dos milenios de esfuerzo han hecho posibles. Lo grave, lo inquietante, lo patológico no es eso, sino que eso se comprometa y ponga en peligro al no tener en cuenta que en el hombre todo es inseguro y problemático. No se puede vivir humanamente más que exigiéndose, manteniendo una tensión creadora, un estado de permanente alerta, un impulso hacia lo alto.

Cuando esto no ocurre, se cae en la psicología del «niño mimado», del «señorito satisfecho», que no conoce el valor de aquello de que goza, que no se da cuenta de que ha hecho falta gran talento y esfuerzo para hacerlo posible,

que cree tener derecho a todo. Entonces se destruye a esa misma civilización, tan penosamente creada, se produce una involución, una regresión, un renacimiento de la barbarie en medio de todos los refinamientos.

Ese fenómeno del hombre-masa, que opina sobre todo y cree que todo le es debido, que no siente gratitud por lo que ha recibido, ni se cuida de conservarlo, ni piensa en las condiciones que lo hacen posible, se da sobre todo en los estratos medios y superiores de la sociedad. Su forma extrema es el especialista que, por tener alta competencia en un campo limitado, actúa como si la tuviera en todo, opina sobre los temas que le son ajenos, extiende su autoridad parcial fuera de sus límites legítimos. Es lo que Ortega llama la *barbarie del especialismo*.

En las páginas de *La rebelión de las masas* van apareciendo con asombrosa lucidez, las grandes cuestiones de la época en que se escribió y las que han surgido durante medio siglo más. Mientras todos creen que el tema de la «calidad» de la vida se introdujo en el pensamiento occidental después de 1950, lo encontramos, y precisamente contrapuesto al desarrollo, en *La rebelión*. Se muestra allí lo que ha significado el fabuloso crecimiento de Europa y luego de América, desde comienzo del siglo XIX, y cómo ha estado ligado a la democracia liberal y la técnica. Se compara la «vida noble» presidida por el esfuerzo y la exigencia, a la «vida vulgar» que se abandona y no pide nada de sí misma (y todo de los demás). Se explica la tendencia del hombre-masa a la violencia y el aplastamiento de la libertad. Se ve cómo ha sido difícil formar apresuradamente hombres provistos de los recursos mentales y morales necesarios para vivir, con mayor actividad e intervención que nunca, en un mundo mucho más rico y complejo, y como el resultado ha sido una nueva forma de *primitivismo*. En estas páginas se desliza la alarma por la crisis de las vocaciones intelectuales, incluso científicas, a pesar del extraordinario éxito de la

ciencia contemporánea: hoy estamos en el centro de esa crisis.

En 1930, antes del triunfo del nacionalsocialismo en Alemania, declara Ortega que fascismo y comunismo son «dos típicos movimientos de hombres-masa» que, lejos de ser verdaderas innovaciones, son dos pseudo-alboradas, y que el único peligro es que Europa, atraída por el esfuerzo y la empresa del plan quinquenal, se deje llevar por algo que en el fondo le repugna y se entusiasme por el comunismo. «El comunismo es una “moral” extravagante —algo así como una moral—. ¿No parece más decente y fecundo oponer a esa moral eslava una nueva moral de Occidente, la incitación de un nuevo programa de vida?»

El último diagnóstico de Ortega es que Europa se ha quedado sin moral, y la delicada operación social de «mandar en el mundo» —de establecer unas normas válidas que den una figura a la vida colectiva— está vacante y sin legítimo sujeto titular. Ortega ha hecho en este libro un admirable análisis del proceso de nacionalización e incorporación de los países europeos, una teoría de la nación como forma de sociedad y de Estado, y ha mostrado cómo las naciones de Europa son insuficientes, porque sus problemas van más allá de las fronteras de cada una, y no podrían tener solución más que en su conjunto.

Las naciones son naciones *de Europa*. Esta es, desde hace siglos, una *unidad*; hace falta que llegue a ser una *unión*, con instituciones comunes. Ortega postula con toda energía, como *única solución*, en 1930, la Unión Europea, lo que llama los Estados Unidos de Europa. Nueve años después, Europa, desgarrada por los nacionalismos, que Ortega había calificado con la máxima energía, decidió destruirse a sí misma. En su primer libro *Meditaciones del Quijote en vísperas de la Primera Guerra Mundial*, Ortega había hablado de buscar, «como una gema iridiscente, la España que pudo ser». En este libro de su madurez, Ortega

traza la figura de una Europa unida, y hoy tenemos que volver los ojos con melancolía a esa «Europa que pudo ser».

En un estudio sobre este libro, escrito hace siete años (puede leerse en Obras, IX), mostré con todo rigor que *La rebelión de las masas* es, primariamente, un libro de filosofía. No lo ha parecido, no se lo ha visto así, y es una de las razones por las cuales no ha solido ser bien entendido.

Pero no se crea que por ser un libro de filosofía es particularmente difícil, ni que debe leerse de otro modo que como aquí he sugerido. Al contrario. La única manera de comprender filosóficamente este libro es *leerlo* en continuidad e integridad, como si fuese una novela —aunque sea más que una novela—, dejándose impregnar por su evidencia, siguiendo el flujo de su argumento. Si se lee así, asombrará la claridad, la perfecta inteligibilidad de este libro tan denso como transparente.

Y, de paso, se habrá penetrado, casi sin darse cuenta, y de la manera más fiel y auténtica, en la filosofía de Ortega, esa gran construcción intelectual en la cual ha realizado un punto de inflexión, un cambio de ruta, el comienzo de una nueva etapa, la filosofía de Occidente.

Julián Marías

Madrid, diciembre de 1982.

## PRIMERA PARTE

# I

## EL HECHO DE LAS AGLOMERACIONES<sup>[1]</sup>

Hay un hecho que, para bien o para mal, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social. Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, y menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas, cabe padecer. Esta crisis ha sobrevenido más de una vez en la historia. Su fisonomía y sus consecuencias son conocidas. También se conoce su nombre. Se llama la rebelión de las masas.

Para la inteligencia del formidable hecho conviene que se evite dar desde luego a las palabras «rebelión», «masas», «poderío social», etc., un significado exclusiva o primariamente político. La vida pública no es sólo política, sino, a la par y aun antes, intelectual, moral, económica, religiosa; comprende los usos todos colectivos e incluye el modo de vestir y el modo de gozar.

Tal vez la mejor manera de acercarse a este fenómeno histórico consista en referirnos a una experiencia visual, subrayando una facción de nuestra época que es visible con los ojos de la cara.

Sencillísima de enunciar, aunque no de analizar, yo la denomino el hecho de la aglomeración, del «lleno». Las ciudades están llenas de gente. Las casas, llenas de inquilinos. Los hoteles, llenos de huéspedes. Los trenes, llenos de

viajeros. Los cafés, llenos de consumidores. Los paseos, llenos de transeúntes. Las salas de los médicos famosos, llenas de enfermos. Los espectáculos, como no sean muy temporáneos, llenos de espectadores. Las playas, llenas de bañistas. Lo que antes no solía ser problema empieza a serlo casi de continuo: encontrar sitio.

Nada más. ¿Cabe hecho más simple, más notorio, más constante, en la vida actual? Vamos ahora a punzar el cuerpo trivial de esta observación, y nos sorprenderá ver cómo de él brota un surtidor inesperado, donde la blanca luz del día, de este día, del presente, se descompone en todo su rico cromatismo interior.

¿Qué es lo que vemos, y al verlo nos sorprende tanto? Vemos la muchedumbre, como tal, posesionada de los locales y utensilios creados por la civilización. Apenas reflexionamos un poco, nos sorprendemos de nuestra sorpresa. Pues qué, ¿no es el ideal? El teatro tiene sus localidades para que se ocupen; por lo tanto, para que la sala esté llena. Y lo mismo los asientos del ferrocarril, y sus cuartos el hotel. Sí; no tiene duda. Pero el hecho es que antes ninguno de estos establecimientos y vehículos solían estar llenos, y ahora rebosan, queda fuera gente afanosa de usufructuarlos. Aunque el hecho sea lógico, natural, no puede desconocerse que antes no acontecía y ahora sí; por lo tanto, que ha habido un cambio, una innovación, la cual justifica, por lo menos en el primer momento, nuestra sorpresa.

Sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender. Es el deporte y el lujo específico del intelectual. Por eso su gesto gremial consiste en mirar al mundo con los ojos dilatados por la extrañeza. Todo en el mundo es extraño y es maravilloso para unas pupilas bien abiertas. Esto, maravillarse, es la delicia vedada al futbolista, y que, en cambio, lleva al intelectual por el mundo en perpetua embriaguez de visionario. Su atributo son los ojos en pasmo. Por eso los antiguos dieron a Minerva la lechuza, el pájaro con los ojos siempre deslumbrados.